

## 1-49-EL PURGATORIO

“Bienaventurados Los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5:8). Podemos recibir la bendición celestial de ver a Dios “cara a cara” sólo cuando nuestros corazones estén totalmente purificados.

Todo el que se acerca a Dios se hace consciente de su propia indignidad. Ante la zarza ardiente, Moisés cubrió con un velo su rostro. Cuando Isaías vio la gloria de Dios en el templo, exclamó: “¡Ay de mi! Estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros” (Is 6:5). Cuando Pedro fue testigo de la pesca milagrosa, se arrodilló ante Jesús: “¡Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!” (Lc 5:8).

¿No ocurrirá algo similar tras nuestra muerte? En presencia de Cristo y de su incomprensible amor, no seremos conscientes de nuestra total indignidad y miseria, acerca de la que nos ha resultado tan fácil engañarnos en nuestra vida de cada día. Enseña el Catecismo: “Todo el que muere en gracia de Dios y en su amistad, pero todavía imperfectamente purificado, tiene asegurada su salvación eterna; pero tras la muerte sufre purificación, para conseguir la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo”. A esta purificación le llamamos “Purgatorio”, del latín *purgare*, purgar.

La enseñanza de la Iglesia sobre el Purgatorio es muy contenida. El Concilio de Trento simplemente afirma “que existe un Purgatorio (lugar de purificación)” pero toma precauciones contra embellecimientos o especulaciones acerca del proceso de purificación.

¿Cómo sabemos que el Purgatorio existe? ¿Por la fe de la Iglesia! ¿Y cómo lo sabe la Iglesia? ¿Por su experiencia, por su actividad litúrgica! Una antigua máxima establece: “La regla de la oración es la regla de la fe” (*lex orandi, lex credendi*); “La Iglesia cree todo lo que reza”. Desde sus primeros inicios, la Iglesia ha rezado por los difuntos y ha ofrecido especialmente el sacrificio eucarístico por los “creyentes difuntos que ‘han muerto en Cristo’” para que “puedan encontrar en su presencia la luz, la felicidad y la paz”.

“La fe de la Iglesia precede a la fe del creyente a quien le invita a adherirse”. Por la práctica de la Iglesia sabemos que nuestras oraciones y sacrificios benefician a los difuntos. Este es también el significado de la indulgencia que deseamos ganar en favor de los difuntos.

¿Son tantos los que son sorprendidos por la muerte y mueren sin preparación! ¿Si hoy fuera el día de mi muerte me atrevería a presentarme ante Cristo? ¿Cuánto encontraría de incompleto, imperfecto! ¿Cuánto habría dejado de hacer! La purificación no comienza sólo después de la muerte. Ya aquí en la tierra, las pruebas, aceptadas con fe, son un “Purgatorio”. Una enfermedad grave puede ser un camino de purificación. El fuego que finalmente nos prepara para el gozo del cielo es el amor de Cristo, que nos llena con ardiente arrepentimiento e indescriptible dicha.